



OBSERVACIONES  
SOBRE LAS CRUZADAS

**A**LGUNOS escritores del siglo pasado, enemigos de la Religion y de sus obras, han tenido bastante osadía para vituperar y reprobear las Cruzadas, no han sabido atribuir las sino al fanatismo, rusticidad é ignorancia de nuestros antepasados, y sin querer reconocer las ventajas que de ellas hemos reportado, se han circunscrito á demostrar sus males y á exagerar sus inconvenientes. Sin embargo, sea cualquiera el punto de vista bajo el que se las mire, estas santas expediciones han sido fecundas en buenos resultados, no solamente por lo tocante á la Religion, sino tambien y muy particularmente por lo que respecta á la sociedad europea durante los siglos XII y XIII. Legítimas en su principio, puesto que se trataba de libertar á los cristianos de Oriente ultrajados y perseguidos; de sustraer el Santo Sepulcro de Jesucristo á las profanaciones de los infieles, y de preservar el Occidente de la invasion árabe que le



amenazaba, han fundado también entre nosotros la libertad civil, manumitiendo los siervos que se alistaban para la conquista de la Tierra Santa, obligando á los señores á ceder sus derechos y vender sus patrimonios para atender á los gastos y mantenimiento de una guerra tan lejana, de donde vienen los primeros desarrollos de los Comunes y Consejos. Ellas han procurado y contribuido también á la terminación de esas guerras intestinas que en la Edad Media desolaban y destruían los Estados, dando al valor de los caballeros otro fin y objeto, atrayendo á las llanuras del Asia una multitud de bandidos y vagamundos que infestaban los campos y las ciudades de Europa. El comercio adquirió un desarrollo inmenso; se perfeccionó la navegación; fué acrecentándose la industria y perfeccionándose á causa de la vida delicada y voluptuosa de los orientales y del adorno y lujo de sus casas, á todo lo que se habían acostumbrado los cruzados.

Las ciencias, las letras y las bellas artes recibieron un nuevo y decisivo impulso desde que los cruzados tuvieron ocasión de admirar los monumentos de Constantinopla; la misma medicina, hasta entonces imperfecta y casi sin principios, se enriqueció con los conocimientos de los árabes, muy adelantados en esta ciencia; perfeccionáronse las lenguas europeas; hicieronse más comunes los libros, y el gusto al estudio se fué desarrollando insensiblemente.

Las Cruzadas han echo conocer á cada nación su unidad, proponiendo la misma idea á todas las clases de la sociedad, y caracterizando sus propios rasgos. Bien conducidas y gobernadas hubieran reunido el Oriente y el Occidente; el Egipto, la Siria, la Grecia se hubieran convertido en colonias cristianas. Entonces se hubiese renovado, bajo las leyes del Evangelio, el estado del universo romano del tiempo de Augusto: todos los mares eran libres; las ciudades daban salida á sus industrias y artefactos, cambiándolos con otros procedentes de diversos países; los climas trocaban sus productos, y las naciones se comunicaban sus luces. Mas, sin extendernos demasiado en estas reflexiones, observemos solamente, por el honor de la Religión y bajo el punto de vista de sus intereses, que las Cruzadas han contribuido á volver á la senda del bien, y guiarlos por el camino que conduce á Dios, á una multitud de cristianos entibiados en su fe, ó culpables que abrazaban con celo y diligencia este medio de reparar sus faltas. Por esto se vieron altos y poderosos señores partir á Oriente á expiar los crímenes que habían cometido, ya sea en las guerras injustas que unos á otros se hacían, ya en las tropelías, vejaciones y aun asesinatos que cometían en las personas de sus vasallos, y observar desde este momento una conducta enteramente humanitaria, llevar una vida más arreglada y á menudo santificada por la virtud. El mayor servicio, empero, que han hecho las Cruzadas, ha sido sin duda el de salvar la fe

en Occidente. Los árabes y los turcos amenazaban la Europa entera, y desbordándose por España y el Asia menor, hubiesen conducido tal vez sus armas victoriosas hasta la misma Roma, si Dios no hubiera suscitado las Cruzadas para rechazarlos, llevando el ataque al mismo foco de la invasión. ¿Y no hay motivo para estremecerse al pensar que Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y otros países podían correr la misma desgraciada suerte que la Grecia y la Palestina? La caída del imperio griego, último antemural del Cristianismo en Oriente, se retardó de esta suerte al menos por dos siglos. En fin, lo que concluye por vengar las Cruzadas de las calumnias que se les han imputado, es que han merecido la aprobación de los más grandes hombres y de los más santos personajes de su tiempo; que han sido autorizadas por la Iglesia, á la cual sin duda la asistencia divina que le ha sido prometida hasta el fin de los siglos, no le ha faltado en esta circunstancia; que han sido por último ratificadas por el más poderoso de todos los testimonios, esto es, los milagros, que más de una vez han acompañado á su publicación.

Permitásenos otra observación: aunque nuestra intención no ha sido examinar lo que pudo haber de laudable y legítimo en las Cruzadas, lo dejamos al claro criterio de los lectores, que pueden verlo en los autores que han tratado por extenso esta materia, tanto en pro como en contra; pero les suplicamos no se dejen alucinar por las declamaciones que con frecuencia se hacen contra dichas expediciones. Nosotros solamente diremos, que si la falta de unión de los príncipes cristianos no hubiera impedido el éxito, lejos de considerarlas como absurdas y románticas, nuestros flamantes escritores no hubieran seguramente encontrado en el diccionario términos y frases bastante pomposas y laudatorias para enaltecer el proyecto; y lejos de considerar á los primeros promotores de las Cruzadas como entusiastas fanáticos, los hubieran ensalzado y reputado como personajes llenos de celo y dignos de inmortal fama; pero como al presente no se juzga de aquellas empresas sino por los acontecimientos desgraciados que tuvieron lugar, ellas no fueron más que excesos de aturdimiento y de vértigo, que pasando de la cabeza calenturienta de un ermitaño á la de un Pontífice ambicioso, y de ésta á todas las otras, arrastraron á la Europa entera para vengar á un ermitaño picardo por las afrentas que había recibido en Asia.

Pero hé aquí algo de más sólido y de menos exagerado sobre las Cruzadas.

«Transportar á la otra parte de los mares á vasallos rebeldes y facciosos, y con esto proporcionar la calma en el Estado, convertir contra los bárbaros el furor de estos leones indomables que despedazaban la patria, y así dejar respirar á los pueblos; emplear sus armas contra un enemigo lejano á fin de que no las convirtieran contra su rey, y de esta manera



afianzar el trono, y con las guerras extranjeras sofocar las domésticas. Hé aquí la política.

«Convertir un pueblo feroz que tenía por artículo de fe exterminar los cristianos; que había llevado su devastación á España, Portugal, Italia, Alemania y hasta dentro de Francia; que preparaba los hierros á toda la cristiandad, si la Religión no hubiese reunido á los príncipes cristianos contra los rápidos progresos del Islamismo, y por medio de las Cruzadas librar el Asia y asegurar la Europa. Hé aquí la justicia.

«Atrevémonos, pues, aunque sea una vez, desafiar la prevención, y representémonos esas guerras santas tan gloriosas como ellas pudieron ser, y el Asia no sería la presa de los bárbaros: la ley del Evangelio hubiera hecho costumbres y hombres, en donde la ley de un impostor no ha producido sino costumbres vergonzosas para la humanidad.

«La Europa, el Asia y el Africa puede decirse no serían sino un pueblo y una religión, el mar sin piratas, el comercio sin obstáculos, el nombre cristiano sin enemigos, millares de infelices hermanos y compatriotas nuestros no gemirían con vergüenza de las naciones en las mazmorras y cargados de hierros por los infieles; y viendo el mundo libertado de la tiranía otomana, en lugar de decir: ¡qué locura lo de las Cruzadas! se gritaría: ¡qué desgracia para la humanidad que las Cruzadas no tuvieran buen éxito! Hé aquí la apología (1).»

### DISERTACION

SOBRE EL TESTIMONIO DESFAVORABLE QUE EL CRONISTA JUAN VILLANI  
RINDE Á LA MEMORIA DE CLEMENTE V.

Cinco autores italianos se conocen bajo el nombre de Villani: Nicolás, Jaime, Juan, Mateo y Felipe; el primero de Pistoia, el segundo de Rimini, y los tres restantes de Florencia, descendientes de una familia distinguida. Juan, del cual se trata, era en 1317 uno de los principales magistrados de Florencia, perteneciente á la facción de los Güelfos, y por lo tanto adicto á los intereses de la Santa Sede, y goza de gran reputación entre los historiadores del siglo xiv. Su crónica concluyó en 1348, y fué continuada por su hermano Mateo, y la de éste por Felipe su hijo. La crónica de Juan permaneció arrinconada en las bibliotecas casi 200 años, y fué impresa por primera vez en Venecia el año 1537, por cuyo motivo no fué conocida en Europa sino muy tarde.

(1) Extracto de un sermón de san Luis predicado en 1768 por el abate Cambeceres, célebre después durante la revolución francesa, diputado de la Asamblea y apóstata de la Religión.

El carácter de dicho autor fué escribir con una sencillez y rectitud que le hace recomendable, y con estas circunstancias no han titubeado en seguirle una porción de historiadores de todos los países y religión, y hasta el mismo san Antonino de Florencia, el Prelado de su tiempo más adicto á la Santa Sede, el cual no tuvo ninguna dificultad en compendiarle en algunos puntos, sin temor de parecer poco favorable á los Soberanos Pontífices.

A pesar de la estima general de los sabios en favor de Juana Villani, el jesuita P. Bertier, tercer continuador de la Historia de la Iglesia Galicana, adulador perpétuo, no satisfaciéndole el relato de dicho historiador, procuró no solamente extender nebulosidades sobre lo que relata de Clemente V, si que también rechazar lo que el P. Brumoi ha escrito, declarando la manera como el arzobispo de Burdeos había subido al pontificado (1).

Si la narración del autor florentino está exenta de toda tacha, la de los autores que le han seguido lo será de la misma manera; y desde el momento que se reconoce á Juan Villani por hombre de bien, historiador exacto, fiel, imparcial, y no haber escrito por rumores vagos é inciertos; se siguió que los PP. Alexandre, Pagi, Daniel, que le han adoptado, que san Antonino, Paulo Emilio, Nauclero, Félix Osius, Amat de Graveson, Giaconius, Papire Masson, Raynaldi, Bzovius, Sponde, Fleury, Dupin y muchos otros forman un tribunal que el P. Bertier debía respetar, y del cual no debía tan ligeramente apartarse.

No se puede negar que Juan Villani fuese hombre de bien: su educación, la regularidad de sus costumbres, esa conducta buena y prudente que le elevaron á los primeros cargos y dignidades, forman tal prevención en su favor, que los mismos que no han querido seguirle en todo lo que escribe de Clemente V, como Sponde y Raynaldi, no obstante le rinden este testimonio, que fué hombre de probidad: por otra parte, su narración y sus sentimientos religiosos que se hallan consignados en su crónica, demuestran evidentemente cuál fué su carácter (2). ¿Cómo hubiera sido posible que le siguieran tan grandes hombres y famosos historiadores, si hubiera sido tenido por sospechoso y mirado con prevención?

Asimismo es exacto y fiel, por cuanto todo lo que la crítica más severa le puede tachar con fundamento, es de haber sido demasiado crédulo sobre algunos hechos que habían tenido lugar mucho tiempo antes que él, como por ejemplo, al explicar el origen y fundación de algunas ciuda-

(1) Discurso sobre el pontificado de Clemente V, al principio del tomo 13 de la Historia de la Iglesia Galicana.

(2) Muratorii præfatio in hist. Johan Villanii, rer. italicar. script., t. 13.



des; pero este defecto es muy comun en otros autores que le han precedido, y es recompensado por la exactitud y fidelidad que se observa en todo cuanto explica sobre los acontecimientos que se aproximan á su tiempo, y sobre todo en los de la época en que vivía (1). «Ma quanto a «l' istoria di suoi tempi, ei ne ragiona tanto fidatamente, e con tanta verità, ch' ei si può prestargli fede, come a un vero storico, per non dire come «a uno oracolo (2).» ¿Cuál es el autor que en el siglo más ilustrado haya escrito una historia general, en la que se pudieran suprimir muchas cosas sin disminuir su valor? Nuestros hábiles críticos no están de acuerdo entre ellos sobre muchos sucesos particulares, los unos defendiéndolos y otros rechazándolos.

Es cosa palpable por lo evidente, la parcialidad y prevención con la cual han escrito los historiadores sobre las diferencias de los Güelfos y Gibelinos; no obstante Villani perteneciendo á los primeros, y partidario de los intereses de la Santa Sede, no dejó por esto de alabar y lamentarse de los Papas de su tiempo, según los halló dignos de alabanza ó de vituperio, y esta es una señal que los retratos no han sido trazados ni por la pasión ni por espíritu de partido. En vano se diría que el autor era florentino, y por lo tanto los italianos no han estado contentos jamás de los Papas de Aviñon. Á esta apreciación es muy fácil contestar que si Villani no hubiera seguido sino las prevenciones de su nación, no habría por cierto perdonado más á Juan XXII que á Clemente V, pues no había recibido menos motivos de descontentamiento del uno que del otro. Si es verdad, según Baluzio, que Villani estaba igualmente disgustado contra estos dos Papas (3), ¿por qué, pues, en su crónica ha escrito tan buenas cosas del uno y cosas tan malas del otro? La razón no puede ser más clara, y es que era hombre incapaz de sacrificar á su resentimiento verdades conocidas y notorias. El P. Bertier, que reprocha á los italianos su aversión á los Papas de Aviñon, podría un día ser clasificado entre los franceses que les han adulado en demasía.

Por otra parte, Villani no escribió la historia de su tiempo bajo rumores vagos é inciertos; no puede acusársele, sin injusticia, de haber bebido en las poéticas ficciones del Dante; según Muratori, leía las noticias públicas, escribía á sus amigos, tenía correspondencias con Francia, Inglaterra y Países-Bajos, y todo cuanto relata bueno y malo de Clemente V y de Juan XXII, lo sabía perfectamente, y se lo comunicaba su hermano Mateo, que vivía bajo estos pontificados, y con mayor abundamiento resi-

(1) *Journal des Savants*, de 1733, pág. 593.

(2) Remigio Nannini florentino in *Villianum*, loco citato apud rerum italicar. scriptores.

(3) Baluzio, notas sobre las vidas de los Papas de Aviñon.

dia en la misma corte de Aviñon, como lo confirma el mismo P. Bertier (1). «En cuanto á sinceridad, exactitud y discernimiento, Mateo Villani en nada cede á Juan, su hermano; todos aquellos que no solamente han escrito la historia de Italia, si que tambien la de Francia y otros países vecinos, siempre han reconocido este honor á la fidelidad de Mateo, y le han creído sin titubear sobre su testimonio (2).» Luego su hermano, que le conocía mejor que nadie, podía muy bien referirse á él.

Veamos ahora por cuáles lados pretende el P. Bertier desacreditar la autoridad de Juan Villani. Dice: «Era un italiano muy prevenido contra los Papas de Aviñon, historiador algunas veces demasiado crédulo, el cual ha cargado sobre Clemente V un hecho que ha sido reconocido como pueril y fabuloso á todos los historiadores.» Hé aquí tres cargos de acusación; ya hemos contestado á los dos primeros; vamos al tercero: se trata de una imputación que se puede disculpar al Papa, sin comprometer al historiador. Villani dice: «Se cuenta que durante la vida de Clemente, un cardenal, sobrino suyo al cual amaba perdidamente, habiendo fallecido, encargó buscar á un maestro de nigromancia para que por medio de su arte indicase cuál podía ser la situación de su sobrino en el otro mundo; que el mágico logró su objeto por sus encantamientos, de hacer trasladar al infierno por los demonios á un capellan del Papa, hombre intrépido y resuelto, el cuál fué introducido en un palacio, en donde vió el alma del cardenal sobrino, extendido sobre un lecho de llamas y atormentado por causa del crimen de simonía; que frente por frente de este palacio, el dicho capellan vió otro preparado para el Papa; en fin que la relación de esta visión puso al Papa en tal abatimiento, que desde este momento no hizo más que arrastrar una vida lánguida (3).»

Este es el hecho tal como lo escribió el autor florentino; suponer que ha parecido pueril y fabuloso á todos los historiadores, es decir demasiado; la mayor parte ni siquiera lo han conocido: confesamos que un pontífice, en el lugar que ocupaba Clemente V, no debe ser ligeramente acusado, ni tampoco sospechado de haber acudido al recurso de un nigromántico. Sin embargo puede decirse una cosa falsa sin dejar de ser sincero, cuando no se la reputa como tal. Un historiador que escribe un hecho, conociendo su falsedad, falta á su deber; pero si se contenta y limita á recitar lisa y llanamente lo que otros dicen, no se le puede vituperar, cumple entonces su misión; al lector pertenece juzgar si los hombres se han en-

(1) Hist. de la Iglesia Galicana, tom. 13, pág. 208.

(2) Prefacio de Muratori sobre la hist. de Mateo Villani. Item: *Journal des Savants*, año 1733, pág. 620.

(3) Juan Villani, lib. 9, cap. 58.